

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	4 reales.
Por tres id.	11 »
Por seis id.	21 »
Por un año.	40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion y Redaccion, dirigirse al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	15 reales.
tracion.	
Por seis id.	28 »
Un año id.	50 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Se publica en esta corte un periódico chiquito, que por sus cortas dimensiones, y por la materia que trata, ha pasado quizá desapercibido de la mayoría del público.

En ese periódico no encontrarán Vds. las noticias, mil veces repetidas, sobre Prusia ó Roma;—¡ni siquiera una palabra sobre la alianza de los Estados-Unidos y Rusia!

En ese periódico no leerán Vds. ningun epigrama sangriento, ninguna tontería más ó ménos oportuna, ninguna inmundicia con pretensiones de graciosa.

Tampoco les hablarán á Vds. en ese periódico de la comedia que se ensaya, del gesto de un payaso, de la profunda pena que causa en Madrid la marcha de una cantante.

De nada de esto habla el periódico chiquitin, sério y formal, que sale los domingos á visitar las casas de sus abonados.

Y sin embargo, es el periódico más interesante que hoy se publica en Madrid.

—Se me figura que nos va Vd. ha dar un *camelo*, esclama un lector al llegar á este punto de mi artículo.

—Hablo de veras, le contestaré yo.

—Pero venga Vd. acá, hombre de Dios: ¿de qué diablos puede ocuparse un periódico que tenga hoy interés para los madrileños?

—De una cosa muy vulgar, caro lector. ¡De los criados!

Hé aquí el gran problema, la cuestion pavorosa.

No se puede vivir, al parecer, sin criados: ellos penetran en el sagrado de nuestras casas; son los que tienen las llaves de todó, los que guardan nuestro sueño, los que arreglan nuestro estómago, los que gastan nuestro sueldo en la compra, los que hablan á solas con nuestros hijos, los que disponen, en fin, de cuanto uno tiene y de cuanto uno vale,—¡dinero, salud, reposo, honra!

Después de todo, nada hay que preocupe tanto á las familias como la cuestion de los sirvientes.

—¡Bonito está el servicio! dicen las madres que tienen hijas.

La desconfianza que de algunos años á esta parte ha sembrado entre nosotros la inmoralidad de algunos criados, es causa de que pensemos seriamente en la manera de evitar descuidos que dan á menudo por resultado el robo y el asesinato.

Continuamente leemos en *La Correspondencia* la noticia de una criada que se ha fugado, llevándose de casa de sus amos dinero y alhajas.

Y bien pensado, ¿quién no se horroriza á la idea de que puede Vd. abrir su puerta á la ladrona, que se le presenta envuelta en el humilde percal de una cocinera?

Y no hay remedio, tenemos que transigir con los criados; en épocas de economía, puede Vd. rebajar el precio de algunos artículos, buscar casa más barata, reirse de la moda, vender el carruaje, y hasta obligar á su carmita á que ande sin miriñaque, lo cual parece imposible;—pero asegurar su tranquilidad y reposo en el interior del hogar es hoy difícil, desde que los señores criados se han dedicado á hacer su agosto en poco tiempo.

Si esto es así, vean con cuánta razon decia este humilde servidor de Vds. que ese periódico chiquitin que se ocupa de los sirvientes, y que es *órgano de la Agencia de servicio doméstico*, establecida en la calle del Carmen, es para las familias más interesante que muchas de las cuestiones que intenta ventilar la prensa periódica de Madrid.

El periódico se llama *El Hogar*.

El número que tengo á la vista empieza con un artículo titulado *La rebaja de los salarios*. Oigan ustedes al periódico, y abran el ojo:

«Los salarios bajarán indudable, infaliblemente, y este es el límite, el ideal tras que corremos; porque cuando el sirviente no dispute el salario, entonces habremos realizado todo. Ya lo tocamos hoy; ya el sirviente inscrito en nuestros libros no sisa, es decir, se contenta extrictamente con el salario convenido; solo dos sirvientes infringieron este deber de conciencia y de derecho; sobre una recayeron vehementes sospechas en las compras, la removimos inmediatamente, y al volver á ser colocada, se le dijo:

«No se olvide Vd. nunca de que á quien va á reemplazar, sisaba; por eso los señores se han suscrito en estas oficinas, para librarse de los criados sisadores. «Guárdese Vd. mucho de infundir sospechas, porque entonces será expulsada de aquí ignominiosamente.» No bastó; no bastó tampoco la advertencia en el periódico: «Hay un sirviente sobre quien recaen vehementes sospechas de sisa; este sirviente volvió á ser colocado; si se confirman y fuere despedido, será expulsado de aquí,» como en efecto lo fué.

Otra, dias pasados, fué sorprendida en flagrante delito de sisa: era un sábado; tocábale salir al dia siguiente, y sin duda para merendar con su novio y ahorrarse los cuartos, se guardó entre otras cosas, un *gran trozo de solomillo fresco*, en el fondo de su baul. Nosotros lo vimos, porque tenemos un gran anteojo con el que no se nos puede escapar nada de cuanto malo los sirvientes hagan. Inmediatamente enviamos otra en su reemplazo, y sus amos, que nada sospechaban, quedaron asombrados de nuestra prevision; aquella infortunada vino como la anterior á pedir nueva colocacion, y como á ella le contestamos: «La que sisa no cabe en ninguna de nuestras casas. La que roba á sus amos hace peor que si nos robara á nosotros.» ¿Saben nuestros lectores lo que nos contestaron? Ni más, ni ménos que otras muchas, cuando nos negamos á suscribirlos. —«A mí no han de faltarme casas, mientras tenga una peseta.»

¿Luego, qué falta?... Que se les cierren esas puertas, que concurran á suscribirse todas las familias de Madrid: nosotros haremos lo demás.»

Convengamos en que la sisa, que es el robo diario, como si dijéramos, la lima que va sordamente dejando el vacío más completo en el bolsillo del ciudadano, ha llegado á su mayor grado de desarrollo.

Difícilmente podrán los redactores de *El Hogar* conseguir su propósito; pero solo con intentarlo merecen ya nuestras simpatías.

¡Si al menos pudieran suprimirse los novios! Pero vaya Vd. á evitar que á una chica le de el capricho de guardarse el *solomillo fresco* para llevárselo al *grandísimo arrastrao*, como ellas dicen.

Hay cuestiones pequeñas que acaban por ser gigantes. Esta es una de ellas.

Continuamente oye uno decir: «¡Ay, quién pudiera pasar sin criados!»

Yo espero que la mecánica, en su creciente desarrollo, invente un dia un aparato que sustituya al criado.

Hoy por hoy, y mientras la mecánica no venga en auxilio de las familias, entreguemos nuestra casa al criado... pero vivamos alerta.

Si *El Hogar* consigue la rebaja de salario y llega á impedir la sisa, le proclamo el primero de los órganos del orbe católico.

Y termino con una advertencia.

Toda criada, cuyos informes no pueden resistir á la fiscalizacion de la Agencia, suele decir que no se suscribe por *no rebajarse*.

Nunca con más verdad pudo decirse:—¡Me escamo!

Luis Rivera.

TEATROS.

EL BIEN PERDIDO,

comedia en tres actos, en verso, de D. LUIS MARIANO DE LARRA.

En vez de examinar la obra por actos, permítanme ustedes examinar el público por entre actos.

PRIMER ENTREACTO.

(Un corro de literatos).

—¿Ha visto Vd. qué cinismo?

—¿Pues qué hay de cinico en la obra?

—¡Toma! Que es un plagio escandaloso.

—¡Un plagio! Y ¿de qué?

—De *La rueda de la fortuna*.

—No veo tal cosa.

—Pues Eduardo, que conoce la comedia de Rubí, me lo ha dicho.

—Permítame Vd. dudarlo, porque Eduardo es hombre muy sensato, y no puede calificar de plagio...

—Perdone Vd., ahora mismo acaba de decirme que el primer acto tiene cierta semejanza con este.

—¡Ya! Y Vd. convierte la «cierta semejanza» en «plagio escandaloso»? ¡Me gusta la traduccion!

—¡Hombre! Por la explicacion que acabo de oír, la identidad es completa: la chica está enamorada de un lugareño; el padre de la chica resuelve poner tierra por medio; el chico determina seguirlos á todo trance; el padre del chico le da unos cuantos consejos,—y cae el telon.

—Efectivamente, confieso que lo de caer el telon es plagio manifesto.

(Segundo corro de literatos).

—¿Qué me dice Vd. del plagio?

—Hombre, ¿tambien Vd. opina que esto se parece á *La rueda de la fortuna*?

—¿Qué rueda ni qué ocho cuartos!

—Pues entonces...

—¿No conoce Vd. *Los soldados de plomo*?

—Sí señor.

—Y ¿no descubre Vd. la imitacion?

—No señor.

—Pues es clara como la luz.

—Lo siento, porque en tal caso yo debo de estar ciego.

—Vamos á ver, hombre, haga Vd. memoria.

—(Mejor seria que tú hicieras entendimiento).

—¿Decia Vd.?

—Nada, estaba cometiendo tambien un plagio, *in peccatore*.

—Bien, pues como digo, la imitacion salta á la vista: la hija quiere casarse con un pobre, y el padre quiere casarla con un rico; la escena pasa en un jardin; y para que nada falte...—Vea Vd., aquí traigo la comedia, que acabo de comprar... para que nada falte, leo en la primera acotacion: «Jardin... et cetera... En la escena algunos arriates con flores.» ¿Está Vd.? *Arriates*: aquí está escrito con todas sus letras.

—Bien, ¿y qué?

—Que en *Los soldados de plomo* tropiezo con esta misma palabra *arriates*, y en el mismo sitio, por más señas: prueba irrefragable de que el autor ha tenido presente la obra de Eguilaz.

—¡Ya! y de ahí saca Vd.?

—Que es un plagio patente: *quod erat demonstrandum*.

—¡Bravo! Y podia Vd. añadir que en esa parte tambien es un plagio la obra de Eguilaz.

—¡Hombre! esplíqueme Vd. eso: yo rabio por descubrir plagios; con que, á ver, dice Vd. que es un plagio...
—Sí señor: del diccionario.
—¡Vamos! Vd siempre tan bromista.
—¡Pues! (Y Vd. siempre tan tonto.)

SEGUNDO ENTREACTO.

(En un palco).

—¿Ha visto Vd. cosa más inmoral?
—¿Más inmoral que la conducta de D. Pedro y doña Prisca? No señor.
—No hablo de eso.
—Pues ¿de qué?
—De la comedia.
—En cuanto á la comedia, confieso que no descubro su inmoralidad.
—Hombre, ¿pues le parece á Vd. grano de anís eso de dar la razón á la hija contra el padre?
—Ya ve Vd.... si la tiene...
—Aunque la tenga. Pues no faltaba otra cosa. Un padre... siempre es un padre.
—En eso no puedo menos de convenir.
—Además, la comedia, sobre inmoral, me parece inoportuna. No estamos ya en los tiempos de Moratin. Entonces podía tener fundamento cualquier ataque contra la autoridad paterna; pero hoy, si por algo pecamos los jefes de familia, no es por exceso de rigor, sino más bien por sobra de tolerancia.
—Aunque así sea, ¿piensa Vd. que no hay en el mundo un padre como D. Pedro, ni una madre como doña Prisca?
—Puede que haya alguno; pero la literatura solo debe pintar los tipos más comunes, y hoy lo común no es eso.
—Por esa regla, si en Roma lo común eran los padres como Junio Bruto, el carácter de Menedemo peca contra el arte.
—¿Quién es ese Menedemo?
—Un personaje de Terencio.
—¿Terencio!... No conozco semejante comedia.
—Sin juramento lo creo.
—En fin, volviendo á nuestro tema, hoy los hijos tienen libertad para hacer su gusto—se entiende, siempre que su gusto...
—Sea el de sus padres, ¿no iba Vd. á decir eso?
—Hombre, ya ve Vd., ¿quién puede saber mejor que un padre lo que conviene á sus hijos? El corazón de un padre nunca se engaña. Y ¡qué diablos! si mi hija quiere mañana casarse con un descamisado como el Alberto de la comedia, ¿he de dejarla hacer semejante desatino?
—¡Pues ya ve Vd. si es inoportuna la tesis presentada por el autor!

(Tercer corro de literatos).

—Pero ¡caramba! ni en Sierra-Morena se roba con tal desfachatez.
—*El bien perdido*; final del segundo acto: véase *Bienaventurados los que lloran*; final del acto segundo.
—Nada; clavado: Romea se va por el fondo con Zamora; Pizarroso se queda en el proscenio con la Orgaz y la Berrobianco. Donde dice: «Pardiñas,» léase: «Mariscal.» Toda la diferencia consiste en que allí se desmaya la Berrobianco asistida por la Orgaz, y aquí se desmaya la Orgaz asistida por la Berrobianco.
—¡Pues! y para que nada falte, el coronel D. Juan es la *vera effigies* del doctor Alvarado, con las mismas pul-las, y la misma honradez, y la misma insolencia...
—¡Y la misma peluca!
—¡Y las mismas patillas!
—¡Y el mismo bastón!
—Pero, señores, por Dios y por todos sus santos, aun suponiendo (y es mucho suponer) que eso fuera un plagio...
—Diga Vd. un robo.
—Bien: pues aun suponiendo cuanto Vds. gusten, consideren á lo ménos, que siendo ambas obras de una misma mano, el autor no haría más que tomar lo que de derecho le pertenece.
—¡Bah! ¡Bah! Eso cuénteselo Vd. á los tontos.
—Pues ya se lo estoy contando.

TERCER ENTREACTO.

(En un palco).

—¡Gracias á Dios que se acabó! Estas cosas me ponen malo. Yo vengo al teatro á divertirme y no á llorar.
—Y luego, ¡ya se ve! le anuncian á Vd. una comedia, y cuando espera desternillarse de risa, le salen con esta embajada.

—Tiene Vd. razón: es un abuso de confianza. Le cogen á Vd. desapercibido, y quieren que lllore de repente. ¡Al diablo no se le ocurre otra!

(Cuarto corro de literatos).

—¡Puf!!! Esto es asqueroso, nauseabundo. ¿Cuándo se ha visto morir de tisis en la escena?
—Cuando se representó *La dama de las camelias*, por ejemplo.
—¡Calle! Pues tiene Vd. razón; otro plagio. Pero señor, ¡esto es la capa del estudiante! Vamos, y gracias que el autor ha ido á beber en buenas fuentes.
—Hola ¿con que *La dama de las camelias* es buena fuente?
—¿Quién lo duda?
—¡Soberbio! Así, pues, lo que antes le parecía malo, ahora le parece bueno.
—Hombre, Vd. arguye siempre con una lógica!...
—Con la única que conozco.

(En el café).

—Hola, D. Serapio, ya lo he visto á Vd. tosiendo á más y mejor en el estreno de *El bien perdido*.
—Sí señor, para darle en ojos á un *alabardero* que estaba á mi lado aplaudiendo como un energúmeno: des-pique muy natural de lo que hace él en mi teatro. Pero vamos, Sr. D. Hermógenes, ¿qué opina Vd. de la obra?
—Yo le diré á Vd., si tuviéramos tiempo para exami-nar los principios de la filosofía del arte reconocidos por todas las escuelas modernas, desde Winckelmann, Lessing, Kant, Hensinger, Heydenrich, Bendarich, Schiller, Goethe, Fichte, Schelling, Richter, Krug y Delbrück, hasta Hegel, Gioberti, Jouffroy, Coussin, Fischer, Voui-turon, Taine...
—Bien, pero Vd., ¿qué piensa de *El bien perdido*?
—Hombre, yo, si he de confesarle á Vd. la verdad, no creo que eso merezca siquiera pensar en ello. Y lo mismo digo de todo lo que ahora se escribe. Hábleme usted de Shakespeare, de Calderon, de Goethe, de Byron, de Southey, de Wordsworth, de... Pero aquí tiene usted á D. Pedro, que más familiarizado con el fárrago de la literatura contemporánea, podrá darnos su parecer.
—¿Y para qué?
—Para lo que se dan los pareceres: para matar el tiempo.
—Pues bien; si yo fuese amigo del autor, le diría con franqueza: «Su obra de Vd. vale más por el pensamiento que por la forma. El tema que en ella se desarrolla es antiguo sin ser viejo, y aún está de *buen uso*, por desgracia. Desde que el mundo es mundo, todo el que asume cualquier autoridad abusa de ella con la mejor intención. El afán de ajustar el corazón de los hijos al capricho de los padres, nació con el primer hombre y morirá con el último. La tiranía paternal es de todos tiempos. Un año há la pintó Eguilaz en *Los soldados de plomo*, y el público recibió con aplauso la pintura: hoy Vd. trata el mismo tema, y quizá con más lógica, aunque de seguro con menos precauciones; pero la lógica es manjar demasiado duro para estómagos relajados, y Vd. por su parte no se ha tomado el trabajo de condimentarlo como debía y podía. El tercer acto de su obra no está bastante preparado, y el público sorprendido tropieza con un ataúd donde ménos lo espera. Si á pesar de esa falta capital ha obtenido la obra tan lisonjero éxito, atribúyalo Vd. á la verdad del pensamiento fundamental, y deje gritar á los que digan lo contrario.—Para alcanzar un triunfo más fácil, en su mano estaba falsear los caracteres y acabar el cuento á gusto de todo el mundo. Usted, sin embargo, al triunfo del amor propio ha preferido el triunfo de la verdad, y por su desinterés le doy la enhorabuena.»

Federico Balart.

SAN EUGENIO.

Pues llega pronto este día
y es en él uso bastardo
ir por bellotas al Pardo
en alegre romería;
Ocasión se nos ofrece
de una interesante nota;
vamos á ver quien merece
—la bellota.

Al rico que su caudal
en viejas arcas esconde,
y no halla negocio, donde
no se doble el capital.
Y á teatros y á cafés

va con la levita rota
porque no sepan quien es...
—la bellota.

A la niña remilgada
que á los quince años de edad
huye de la sociedad
y ningún hombre le agrada;
Y en el templo noche y día
quiere pasar por devota
ya que del mundo se hastia...
—la bellota.

Al soldado fanfarron
que las tertulias aterra
con sus acciones de guerra,
dramas todos... sin acción:
Y que cuando llega el caso,
con la punta de una bota
se le hace andar más que á paso.
—la bellota.

A la anciana ya caduca
que luce por los paseos
sus juveniles arreos,
y su rizada peluca:
Y sentada en un corrillo
con los pollos alborota,
siendo en lo verde un tomillo...
—la bellota.

Al hombre sesudo y grave,
que de su trabajo vive,
y otro premio no recibe
que el que ignoren en lo que sabe:
Y en llegando la ocasión
al ver los pies á una sota
dá al traste con su razón...
—la bellota.

Al político formal,
al enamorado fiel,
al tenedor de papel,
al vate sentimental.
Al que su talento vende,
al que su fortuna agota,
al que un título pretende...
—la bellota.

Y pues va á llegar el día
que yo sin temor aguardo,
de ir por bellotas al Pardo
en alegre romería:
No hagais de virtud extremos,
que todos nos conocemos,
y bien por *hache*, ó por *jota*.
todos aquí merecemos
—la bellota.

M. del Palacio.

LA GLORIA.

(Estudios de invierno, al amor del brasero.)

I.

Figúrense Vds. un pueblo.
Formen en su imaginación la idea del matrimonio
mejor avenido.
Créen el ideal de la mujer.
El prototipo de los maridos.
Y hagan, aunque no está en sus atribuciones, nacer
un chiquillo de esta unión.
Llámenle Vds. X.
¿Estamos? Bien.

El chico tiene nueve años.
Al padre se le cae la baba mirándole.
La madre llora oyéndole.

II.

—¡Este chico es una alhaja! dice el prestamista del pueblo.
—¡El muchacho habla como un libro! añade el maestro de escuela.
—¡Qué demonio de criatura! responde el señor cura.
—¡Buena renta les ha dado á Vds. Dios! dice el boticario.

Y todos van dando su opinión acertada acerca del muchacho, excepto el veterinario, que la da errada, al pretender que inclinen su ánimo á la carrera eclesiástica...
¿Alguna mira se llevará!
El muchacho entre tanto solo piensa en la carrera que por la tarde da desde su casa al melonar de su padre.

III.

Crece el niño y crecen las esperanzas de su familia.
Ya sabe leer,—casi, casi escribir.

IV.

Son los días de papá.
Este, todavía en la cama con su mujer, intenta levantarse.

(Continúa en la plana cuarta.)

MODAS DE SEÑORA.



Utilidad de los sombreros de platillo, en su aplicacion á la economia doméstica.
Además del braserillo y el plato de dulce, las señoras podrán llevar un tintero. Así se facilitará el medio de hacer una declaracion amorosa.

AVENTURAS DE DOS RECIEN CASADOS.

(Continuacion.)

El cura.—Cuando digo que valiendo fresco... ¡ejen, ejen! Me embozaré en la capa. (Lo hace así; se recuesta sobre el asiento y cierra los ojos.)

Un estudiante.—El padre cura está ya en el cielo...

El cura (abriendo los ojos).—Aunque parece...

El chocolatero (leyendo).—«Ayer ha llovido en Cuenca.»

Oficial 1.º (á Elisa).—Vamos á ver, niña, ¿se puede saber á dónde va Vd. tan compuesta?

Elisa.—Este traje es el de boda... Hoy me he casado... y voy con mi marido á viajar...

El cura (con los ojos cerrados).—¡Vaya un caprichito!

Oficial 1.º.—Puesto que no lleva Vd. direccion fija, le agradecería en el alma que se quedase en Búrgos.

Elisa.—¿Por qué?

Oficial 1.º.—¡Toma! Allí estoy yo de guarnicion, y le enseñaría á Vd. la catedral y el papamoscas... ¿No ha oído Vd. hablar del papamoscas? ¡Ah! ¡Es una obra soberbia! Debe Vd. verlo á todo trance.

Elisa.—Diré á Vd... para mí no hay más catedral ni más papamoscas que mi marido.

Oficial 1.º.—Conformes; pero (bajando la voz) así tendría yo el gusto de verla á Vd.

El cura (tosiendo fuerte).—¡Ejen, ejen! Cuando digo yo que este viajecito es de historia.

Oficial 1.º.—¿Qué es eso, padre? ¿Le incomoda á Vd. el humo?

El cura.—No señor, no, si voy bien, ¡pretebien!

La máquina.—¡Pitiif!

El chocolatero.—¡Hola! Llegamos ya á la estacion de Pozuelo.

Elisa.—Voy á bajarme...

Oficial 1.º.—¿Y si por casualidad no tiene Vd. tiempo de subirse en otro coche y se queda sola en este pueblo?

Elisa.—No tenga Vd. miedo.

Un mozo (gritando).—¡Pozuelo, un minuto!

Oficial 1.º.—¡Lo ve Vd.?

Elisa (sacando la cabeza).—Joaquin, ¿dónde estás?

Joaquin (asomándose por la portezuela).—Allá voy.

Oficial 1.º.—Vamos, déme Vd. la mano... yo la acompañaré...

El cura.—¡Ejen, ejen! ¡Maldita tos!

Por fin consigue Elisa bajar del coche de primera ayudada por el oficial.

Al propio tiempo baja Joaquin á recibirla, y los dos esposos entran en el coche de tercera.

La máquina vuelve á lanzar su agudo silbido, y el tren comienza á moverse.

Algunos viajeros del coche en que iba el pobre marido se quedan en Pozuelo, lo cual les viene de perilla para acomodarse juntos en un rincón.

No bien Joaquin se habia sentado, oye una voz que le dice:

—¿La incomoda á Vd. el humo del cigarro?

Vuelve los ojos al bulto de donde salía aquella voz, y se tropieza con el oficial de caballería, que estaba sentado en frente de Elisa.

—Hombre, dice Joaquin, ¿también Vd. por acá?

—Sí señor; ¿no ve Vd. que el tren no me dió tiempo de volverme á mi coche? Pero si le incomoda á Vd. el cigarro, pronto lo tiro.

—No, si no es el cigarro el que me incomoda.

—¡Si vieras qué amable es el señor! exclama Elisa con la mayor inocencia.

—Lo creo sin que me lo jures.

—Yo siempre soy galante con el bello sexo, como español de pura sangre.

—La sangre sí que tengo yo frita desde que salí de Madrid, añade Joaquin haciendo un gesto, que parecia decir: ¡me va cargando este oficialito!

Pero este repuso:

—Supongo que no dirá Vd. eso por mí.

—Quiá, hombre, no señor... Vaya, no faltaba más...

Momento de pausa.

Joaquin se halla anonadado, y no sabe cómo hablar con su esposa sin que se enteren los vecinos.

Elisa, por su parte, estraña el asiento y hace un movimiento como el que desea acomodarse mejor.

Apenas Joaquin ve dos cuartos de luz se aproxima al oído de ella y la dice:

—Elisita... esposa mia... ¿me quieres?

—¡Mucho, Joaquin!

El oficial trata de interrumpir el diálogo diciendo:

—Señora, puede Vd. estirar las piernas sin cuidado, que yo me encogeré.

—No se incomode Vd., interrumpió Joaquin, mi mujer va muy bien.

—Pero podrá ir mejor, hombre... Sea Vd. amable con ella... El asiento está tan duro que de fijo se le meten las tablas por... ¿Quiere Vd. poner debajo mi capote?

—No señor, muchas gracias...

—Veo que va Vd. mal... levántese Vd... así... verá Vd. como con mi capote la formo á Vd. un almohadon... siéntese Vd. ahora. ¿Eh? ¿Qué tal?

—Voy mejor. Tantísimas...

—Si lo estaba diciendo.

Joaquin (aparte).—Pues, señor, este oficialito me va á dar que hacer. ¿De qué medios me valdré para... (dándose una palmada en la frente.) Ah, ya tengo mi plan... ya tengo mi plan... En la primera estacion lo pondré en planta.

Vuelve á reinar otro momento de silencio interrumpido solamente por el oficial que vuelve á preguntar si molesta el humo del cigarro.

Poco tiempo despues, vuelve á dejarse oír el grito de la máquina, que anuncia la proximidad de otra estacion.

Joaquin cogió á su esposa de la mano, y dice:

—Ven, Elisa, que vamos á beber agua.

—No tengo sed, dice ella.

—No importa, baja y tomaremos algo.

En esto grita el mozo:—¡Las Rozas, tres minutos!

Joaquin se baja, coge del brazo á Elisa y se dirige con ella á la estacion.

Pasan los tres minutos, el tren echa á andar y Joaquin esclama saludándolo con el sombrero en la mano:

—Anda con Dios, tren de mis pecados; ya estoy sólo con mi esposa, sólo, y en país desconocido... Elisa, esposa mia, vamos á la posada del pueblo.

—Vamos allá, yo guiaré, que conozco el pueblo.

Vuelve Joaquin la cara y se encuentra que el que dice esto es el oficial de caballería.

Luis Rivera.

(Continuará.)

El chico entra en la alcoba.—*Cuadro*.—El padre se incorpora, da un codazo á su costilla, y dice al Benjamín:

—¿Qué ocurre, hijo mío?

El hijo (entregando un papel con visible emoción).—¡Tome Vd.!

El padre—¿Qué es esto?

La madre (con entonación trágica, pues está en el secreto).—Toma y lee:

El padre (leyendo).

Hoy que es el santo
de mi queridísimo papá
voy á entonarle un canto
que siendo para él será santo
pues la *musa* me lo dá.

—Feliz ha estado el chico, dice el padre, rebosándole la satisfacción por todos los poros de su cuerpo.

La madre (saltando de la cama, porque no cabe en ella).—¿Qué t. a. l. tal? Bien decía yo, hijo mío, ¡que tú vales mucho!

El padre calla, se viste siguiendo en su silencio, se dirige pausadamente á su despacho, y dice al jóven que le ha seguido instintivamente.

—Hijo: ha llegado el momento decisivo, tienes doce años; es preciso ser algo en el mundo, y para ello es necesario también empezar. Quien á los diez años ha compuesto unas letrillas.....

—¡Quintillas, papá!

—Quintillas, sigue el padre, puede muy bien á los treinta componer un libro. ¿Qué quieres ser, hijo mío?

—Poeta, papá.

—¿Quieres ser poeta?

—Sí, quiero.

—Pues se te dará, enhorabuena, esa *carrera*, y si cumples bien en ella, Dios te lo premie, y si no el público te silbe.

Concluyó la sesión regalando el buen papá un par de banderillas á su hijo, que tenía en mucho aprecio, por ser de las corridas que hubo cuando el gobernador de la provincia visitó el pueblo, y el chico empezó á soñar en la gloria.

V.

Han pasado once años.
El chico está en Madrid.
Escribe en un periódico.
Hace una comedia.
Le critican.
Le aplauden.
Le silban.
Y se fuma tres coraceros al día.

VI.

Dos años después se lee en todas las esquinas de la corte el anuncio siguiente:

¡EL MARTIRIO EN LA DICHA!

(Memorias de un desmemoriado).

Por el eminente D. Fulano de Tal.

Se publica por entregas á medio real en toda España.

Y los periódicos añaden:
La obra del Sr. D. X. de Z. es la epopeya del siglo (y demás escases).

VII.

A los pocos meses la Academia tiene un socio de más, Apolo una corona menos, y la orquesta del mundo literario un bombo de eterna contrata.

Gerardo Blanco.

ECOS DE MADRID.

No hace aun ocho días, los salones de los señores de Alvarez fueron, durante algunas horas, el centro de reunión del talento, de la elegancia y de la hermosura. Donde se reúnen tantas niñas bonitas, tanto artista de mérito y tanto poeta aplaudido, las horas parecen minutos, todavía menos, parecen suspiros.

Yo siento no recordar aquí nombres y trajes como los revisteros de los periódicos de modas, para hacer un renglon de cada persona y un elogio de cada renglon; pero perdónese la falta de memoria en gracia del buen deseo.

El recuerdo que no se borra jamás cuando se asiste á aquella casa es el de la señora de Alvarez, que descuella entre todas las figuras de tan agradable cuadro, como la más bella y la de más atractivo. ¿Quién pudiera olvidar aquel no soñado conjunto de talento, de elegancia y de afabilísimo trato?

La reunión se retiró complacida, deseando que tan gratas veladas se repitan pronto.

El sábado por la tarde se verificó en casa del señor Vizcarrondo la lectura de un drama titulado *La Cuarterona*, original del poeta puertorriqueño Sr. Tapia y Rivera, muy conocido en las Antillas por sus trabajos literarios.

Varios escritores madrileños que asistieron á dicha

lectura salieron satisfechos, augurando á la obra un buen éxito. Falta hacen.

¿A ustedes les gusta el baile?

Bien sé que á la mitad de los españoles les hace el mismo efecto uno de esos bailes de entre comedia y pieza, que si les pegaran un cañonazo por la espalda.

Pero hay que confesar que todas las reglas tienen sus excepciones, y todos los bailes su parte conmovedora.

Guerrero, el primer bailarín español, y su pareja la nunca bien ponderada Petra Cámara, que tiene la sal por arrobos, han llegado á probar á los concurrentes al teatro del Príncipe, que un baile español de pura sangre, vestido y decorado como su argumento requiere, puede tener tanto éxito como una comedia en tres actos.

No hay más que ver la *Danza valenciana*, y después morir.

Hacia mucho tiempo que yo no había visto un espectáculo tan agradable, tan vistoso y tan nuevo.

Los aficionados á las pantorrillas tienen donde elegir. Los partidarios del género español, deben aplaudir.

Y yo voy todas las noches con toda la fé de mis juveniles años. (*Basta.*)

Los teatros continúan estando animadísimos. Las sociedades de aficionados también se animan. Todo el mundo se lanza, todo el mundo se divierte; holé.

Pocas anécdotas tengo hoy para referir á Vds.; ni en los periódicos, ni en la vida privada encuentro nada que merezca la pena de publicarse. No ha dicho nadie una frase oportuna.

Tenemos que recurrir al *esprit* de los periodistas franceses.

Cuentan estos, que entró un individuo en el despacho de Rostchild, diciéndole que iba á proponerle un negocio.

—Soy con Vd. al instante, le dijo el banquero. Sirvase Vd. tomar asiento.

—¿Hacerme esperar! Dijo el otro; sepa Vd. que soy el conde de.....

—¡Ah! ¿Es Vd. el conde de?.... ¡Pues eso ya es diferente! Tome Vd. dos asientos.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

El descarrilamiento último (es decir, el de la semana), ha tenido lugar en Villasequilla, camino de Alicante. Y ¡qué casualidad! no ha muerto nadie. Esto es otra cosa. El ferro-carril se va enmendando.

En el Príncipe empezarán pronto los ensayos de la nueva comedia de Eguilaz, titulada *Quiero y no puedo*. Esto es lo que han hecho los traductores de *Un cuadro, un melonar* y demás hortalizas.

Un anciano ha sido atropellado en la Puerta del Sol por un carruaje particular. Es muy general este proceder de los carruajes particulares.

Dícese que va de veras lo de reducir el número de días festivos, como se ha hecho en otros países católicos, con permiso del Papa. Lo celebramos mucho.

Apenas han vencido los turcos á los rebeldes de Candía, les han dado una amnistía general. Vamos, no dirán Vds. ahora que los turcos son tan bárbaros.

El domingo tuvo lugar un asalto en la sala de armas de Mr. Goux, calle del Barquillo.

Los aventajados discípulos de este maestro y de Mr. Broutin, que es hoy el profesor de espada en aquel establecimiento, lucieron su habilidad y destreza.

El asalto entre Goux y Broutin hizo las delicias de los concurrentes, que fueron muchos, y salieron sumamente satisfechos.

Debemos advertir que en los salones de Mr. Goux hay juegos de gimnasia, pistola, espada, sable y cuanto pueda ser útil al hombre que desee dar al prójimo contra una esquina.

Estoy conforme con *La Política*, que opina porque se aumente nuestra marina con buques blindados.

Pues señor, parece cosa resuelta.

El emperador Maximiliano se decide á venir á Europa, no pudiendo sufrir la ausencia de Zorrilla. Necesita que le lean.

Varios hombres de Estado, ingleses, se dirigen á Roma.

Algo huelen.

Hablando del poemita *La Religión* que ha escrito la celeberrima señora Quintano, escribe *La Correspondencia* con mucha sal las siguientes líneas, á las que nos permitimos intercalar algunas observaciones:

«No podemos juzgar á esta escritora (*ni hay quien se atreva á tanto*), cuyas obras todas nos parecen marcadas con el mismo sello (*ó el mismo hierro, como los merinos*); pero creemos que su lectura proporcionará un rato agradable.» (*¡Ya lo creo! ¡A mí me ha divertido mucho!*)

En el teatro de los Bufos ha fracasado la zarzuela titulada, *Un cuadro, un melonar y dos bodas*.

El cuadro pertenece al género de los mamarrachos; el melonar sólo produce calabazas; y las bodas, empezando por las de los cinco autores que se han unido para producir tal esperpento, no han podido ser más funestas.

Los actores estuvieron bien.... vestidos.

Parece que la empresa de la Zarzuela ha vuelto sus obras á los Sres. Breton de los Herreros y Escosura.

¡Hola! ¡Hola!

Ya debe haber llegado á París el cirujano Malagodi, que va desde Roma con objeto de hacerle la operación al emperador de los franceses.

En el teatro del Príncipe vi la *Jota valenciana*, y aplaudí como un chiquillo á Guerrero y á la Cámara.

No aplaudí dificultades, lo que aplaudí fué la gracia, y el rumbo, y el jarza, niña! y aquello de ¡qué me matas!

Es un jaleo de *búten*, y un movimiento—¡caramba! y un repique de panderas que me atonta y arrebata.

Un vástago de la Petra, —que siendo una niña es *vástaga*,— también echó un cuarto á espadas.

Que es buena lo dice el público con sus gritos y palmadas, yo digo que es mucha jota esa *Jota valenciana*.

PASATIEMPO.

Solución á la charada del número anterior:—*Locomotora*.

GEROGLÍFICO.



¡QUE DESCANSADA VIDA
LA DEL QUE HUYE EL MUNDANAL RUIDO
Y SIQUE LA ESCONDIDA
SENDA POR DONDE HAN IDO
LOS POCOS SABIOS QUE EN EL MUNDO HAN SIDO!



AVISO
EL QUE HAYA ENCONTRADO
UN POLLO QUE CUECE EN LA CALDERA



(La solución en el número próximo.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.